



Lectura del santo evangelio según san Lucas (19,1-10)

En aquel tiempo, Jesús entró en Jericó e iba atravesando la ciudad. En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa».

Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador». Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituí cuatro veces más».

Jesús le dijo: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido»



Recuerda el ESQUEMA para tu oración diaria

Elige bien el tiempo, lugar y postura (garantiza sobre todo la soledad y el silencio).

1. Arranque de la oración (Presencia de Dios, Ofrecimiento de obras, Invocación al Espíritu Santo, Súplica filial a la Virgen María: reza con gran confianza el Ángelus)
2. Petición (es el fruto que buco. Esta semana es pedir la verdadera conversión de corazón, como Zaqueo).
3. Lectura del texto que quiero meditar.
4. Coloquio. Habla con Dios, con Jesús, con María, en conversación íntima, cariñosa, personal.

MEDITEMOS EL EVANGELIO DEL DOMINGO

1. ¿Quién era Zaqueo?

Zaqueo es un "publicano", es más, el jefe de los publicanos de Jericó, importante ciudad en el río Jordán. Los publicanos eran los recaudadores de los impuestos que los judíos debían pagar al emperador romano, y por este motivo eran considerados pecadores públicos. Además, aprovechaban con frecuencia su posición para hacer chantaje y sacar dinero a la gente. Por este motivo, Zaqueo era muy rico, pero despreciado por sus conciudadanos.

Al saber que Jesús pasaría por Jericó, aquel hombre sintió un gran deseo de verlo, pero, como era bajo de estatura, se subió a un árbol. Jesús se detuvo precisamente bajo ese árbol y se dirigió a él llamándolo por su nombre: "Zaqueo, baja en seguida, porque hoy debo alojarme en tu casa"

2. Jesús busca a Zaqueo porque lo ama

El evangelista san Lucas presta una atención particular al tema de la misericordia de Jesús. En su narración, encontramos algunos episodios que destacan el amor misericordioso de Dios y de Cristo, quien afirma que no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores. Por tanto, cuando Jesús, al atravesar Jericó, se detuvo precisamente en casa de Zaqueo, suscitó un escándalo general. El Señor, sin embargo, sabía muy bien lo que hacía. Por así decir quiso arriesgar y ganó la apuesta: Zaqueo, profundamente impresionado por la visita de Jesús, decide cambiar de vida, y promete restituir el cuádruple de lo que ha robado. "Hoy ha llegado la salvación a esta casa", dice Jesús y concluye: "El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido".

3. Jesús busca siempre con misericordia salvar al pecador

Dios no excluye a nadie, ni a pobres y ni a ricos. Dios no se deja condicionar por nuestros prejuicios humanos, sino que ve en cada uno un alma que hay que salvar, y le atraen especialmente aquellas almas que son consideradas perdidas y que así lo creen ellas mismas. Jesucristo, encarnación de Dios, ha demostrado esta inmensa misericordia, que no le quita nada a la gravedad del pecado, sino que busca siempre salvar al pecador, ofrecerle la posibilidad de rescate, de volver a comenzar, de convertirse. En otro pasaje del Evangelio, Jesús afirma que es muy difícil para un rico entrar en el Reino de los cielos (Cf. *Mateo 19, 23*). En el caso de Zaqueo, vemos precisamente que lo que parece imposible se realiza: *"Él entregó su riqueza e inmediatamente quedó sustituida por la riqueza del Reino de los cielos"* (san Jerónimo). Y san Máximo de Turín añade: *"Las riquezas son un alimento para los necios para la deshonestidad; sin embargo, para los sabios son una ayuda para la virtud; a éstos se les ofrece una oportunidad para la salvación, en el caso de los otros provoca un traspies que les arruina"* (*Sermones*, 95).

4. "Zaqueo, baja en seguida, porque hoy debo alojarme en tu casa"

¡Qué mensaje en esta sencilla frase! *"Zaqueo"*: Jesús llama por su nombre a un hombre despreciado por todos. *"Hoy"*: sí, precisamente ahora ha llegado para él el momento de la salvación. *"Tengo que alojarme"*: ¿por qué *"debo"*? Porque el Padre, rico en misericordia, quiere que Jesús vaya a *"buscar y a salvar lo que estaba perdido"* (*Lc 19, 10*). La gracia de aquel encuentro imprevisible fue tal que cambió completamente la vida de Zaqueo: *"Mira —le dijo a Jesús—, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más"* (*Lc 19, 8*). Una vez más el Evangelio nos dice que el amor, partiendo del corazón de Dios y actuando a través del corazón del hombre, es la fuerza que renueva el mundo.

Queridos amigos, ¡Zaqueo acogió a Jesús y se convirtió, pues Jesús había sido el primero en acogerle! No le había condenado, sino que había respondido a su deseo de salvación. Pidamos a la Virgen María, modelo perfecto de comunión con Jesús, que experimentemos la alegría de recibir la visita del Hijo de Dios, de quedar renovados por su amor, y transmitir a los demás su misericordia

OTROS TEXTOS PARA MEDITAR ESTE EVANGELIO

I. De Santa Teresa de Lisieux: Mi corazón no está todavía totalmente vacío

¡Qué gran misterio es nuestra grandeza en Jesús! Ya ves todo lo que Jesús nos ha enseñado al hacernos subir al árbol simbólico del que te hablaba hace poco. Y ahora ¿qué ciencia va a enseñarnos? ¿No nos lo ha enseñado ya todo...? Escuchemos lo que Él nos dice: *«Bajad en seguida, porque hoy tengo que alojarme en vuestra casa»*. ¿Pero cómo...? Jesús nos dice que bajemos... ¿Adónde tenemos que bajar? Celina, tú lo sabes mejor que yo; sin embargo, déjame que te diga hasta dónde debemos ahora seguir a Jesús. Una vez, los judíos le preguntaron a nuestro divino Salvador: *«Maestro, ¿dónde vives?»*, y Él les respondió: *«Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos, yo no tengo donde reclinar la cabeza»* (*Jn 1,38; Mt 8,20*). He ahí hasta dónde tenemos que bajar nosotras para poder servir de morada a Jesús: hacernos tan pobres, que no tengamos donde reposar la cabeza. Ya ves, querida Celina, lo que Jesús ha obrado en mi alma durante estos ejercicios... Ya entiendes que se trata del interior. (...)

Lo que Jesús desea es que lo recibamos en nuestros corazones. Estos, qué duda cabe, están ya vacíos de criaturas, pero yo siento que lamentablemente el mío no está totalmente vacío de mí misma, y por eso Jesús me manda bajar... Él, el Rey de reyes, se humilló de tal suerte, que su rostro estaba escondido y nadie lo reconocía... Pues yo también quiero esconder mi rostro, quiero que sólo mi amado pueda verlo, que sólo él pueda contar mis lágrimas... que al menos en mi corazón sí que pueda reposar su cabeza querida y sentir que allí sí es conocido y comprendido... (Carta 137)

II. De Santa Isabel de la Trinidad: Dios quiere habitar en ti

«Sólo en Dios descansa mi alma, porque de Él viene mi salvación; sólo Él es mi roca y mi salvación, mi alcázar, no vacilaré» (Sal 61,2-3). ¡He aquí el misterio que hoy canta mi lira! Como a Zaqueo, mi Maestro me ha dicho: «Apresúrate, descende, que quiero alojarme en tu casa». Apresúrate a descender, pero ¿dónde? En lo más profundo de mí misma, después de haberme negado a mí misma (Mt 16,24), separado de mí misma, despojada de mí misma, en una palabra, sin yo misma.

«Es necesario que me aloje en tu casa.» ¡Es mi Maestro quien me expresa este deseo! Mi Maestro que quiere habitar en mí, con el Padre y el Espíritu de Amor, para que, según la expresión del discípulo amado, yo viva «en sociedad» con ellos, que esté en comunión con ellos (1Jn 1,3). «Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino que sois miembros de la casa de Dios», dice san Pablo (Ef 2,19). He aquí como yo entiendo ser «de la casa de Dios»: viviendo en el seno de la apacible Trinidad, en mi abismo interior, en esta «fortaleza inexpugnable del santo recogimiento» de la que habla san Juan de la Cruz...

¡Oh qué bella es esta criatura así despojada, liberada de ella misma!... Sube, se levanta por encima de los sentidos, de la naturaleza; se supera a ella misma; sobrepasa tanto todo gozo como todo dolor y pasa a través de las nubes, para no descansar hasta que habrá penetrado «en el interior» de Aquel que ama y que Él mismo le dará el descanso... El Maestro le dice: «Apresúrate a descender». Es así como ella vivirá, a imitación de la Trinidad inmutable, en un eterno presente..., y por una mirada cada vez más simple, más unitiva, llegar a ser «el resplandor de su gloria» (Heb 1,3) o dicho de otra manera, la incesante «alabanza de gloria» (Ef 1,6) de sus adorables perfecciones (Último retiro, 42-44).

III. De Santo Tomás Moro: Hoy podemos recibir a Cristo en la Eucaristía

Recibamos a Cristo en la Eucaristía, como lo hizo Zaqueo, el buen publicano...como deseaba ver a Cristo y como era bajo de estatura, se subió a un árbol, y el Señor al ver su devoción lo llamó, le dijo que bajara del árbol y que quería hospedarse en su casa, Zaqueo se apresuró y bajó, y con mucho gusto le recibió en su casa. Pero no sólo se contentó con recibirlo alegremente, fruto de un encuentro superficial..., lo demostró con sus obras virtuosas. Se comprometió a devolver enseguida a todos, sin esperar a mañana, lo que no era suyo, y a dar la mitad de sus bienes a los pobres y si había defraudado a alguno, restituirlo cuatro veces más.

Con la misma rapidez, espontaneidad, y alegría; la misma alegría espiritual, con la que le recibió este hombre en su casa, que nuestro Señor, nos conceda la gracia de recibir su Santísimo Cuerpo y Sangre, su Alma y su Divinidad todopoderosa tanto, en nuestro cuerpo, como en nuestra alma, y que el fruto de nuestras buenas obras, pueden dar testimonio de que lo recibimos dignamente, con una fe plena, y un propósito estable de vida buena, que se impone a aquellos que comulgan. Entonces Dios nos dirá, como le dijo a Zaqueo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa» (Lc 19,9) (Tratado para recibir el Cuerpo de nuestro Señor)

EN ESTA SEMANA SE CELEBRA TAMBIÉN LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS Y LA DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

Medita estas reflexiones en la oración de estos días de especial referencia de eternidad

1. Sobre la Fugacidad de la vida: *La vida es muy breve. Es un camino hacia la eternidad.*

A la luz de los siguientes salmos, piensa en que **todo se ha de acabar, y también tu vida.**

Recuerda, Señor, lo corta que es mi vida | y lo caducos que has creado a los humanos.

¿Quién vivirá sin ver la muerte? | ¿Quién sustraerá su vida a la garra del abismo? (Sal 88, 48-49)

Señor, tú has sido nuestro refugio | de generación en generación. Tú reduces el hombre a polvo, | diciendo: «Retornad, hijos de Adán». Mil años en tu presencia son un ayer que pasó; | una vela nocturna.

Si tú los retiras | son como un sueño, | como hierba que se renueva: que florece y se renueva por la mañana, | y por la tarde la siegan y se seca... Nuestros años se acabaron como un suspiro. Aunque una viva setenta años, y el más robusto hasta ochenta, | la mayor parte son fatiga inútil, | porque pasan aprisa y vuelan.

Enséñanos a calcular nuestros años, | para que adquiramos un corazón sensato (Sal 89).

Señor, dame a conocer mi fin, y cuál es la medida de mis años, para que comprenda lo caduco que soy.» Me concediste un palmo de vida, mis días son nada ante ti; el hombre no dura más que un soplo, el hombre pasa como una sombra, por un soplo se afana, atesora sin saber para quién (Sal 38)

"El hombre está en la tierra cumpliendo un servicio; sus días son los de un jornalero. Como el esclavo suspira por la sombra, como el jornalero aguarda el salario... Mis días corren más que la lanzadera y se consumen. Recuerda que mi vida es un soplo. No he de vivir siempre. Mis días son un soplo" (Job 7)

2. **"Poneos al fin de vuestra vida"** (De una carta de San Juan de Ávila)

No penséis que perdéis algo en perder este mundo; que lo más lúcido de él es oscuro, y lo más alto es de muy poco valor, y lo que más florido parece se pasa como un vapor breve y se marchita como flaco heno.

Poneos al fin de vuestra vida, y veréis cuan gravemente yerran los que ponen su amor en cosa tan caduca e inestable. ¿Qué desatino mayor que, viendo que todos vamos de camino para la muerte, pararnos a reír y jugar como si fuésemos a la vida? Quien a morir va, muy de camino ha de ir, y no ha de entender sino en pedir perdón a los que ha injuriado, y llorar los pecados que ha hecho, y rogar a los presentes que rueguen por él a Dios...

Sed, pues, vos una de las que han pasado por esta vida como de camino y han alcanzado la vida del cielo en que viven; los cuales, si hubieran amado esto presente, ya se les hubiera pasado el placer y tuvieran eternos tormentos. ¿Qué aprovechan ahora a los malos sus desatinos o qué daña a los buenos los trabajos que aquí pasaron?

Pásase lo uno y lo otro, mas no el fruto que ello sacaron; gozárónse unos en la maldad, y lloran para siempre en tormentos; trabajaron otros por agradar a Dios, y los veis hoy honrados en el cielo, gozando de un sano y eterno bien en pago de lo poco que dejaron acá.

Presto os veréis vos al fin de esta carrera; la muerte viene muy presto. Mirad que ahora tenemos tiempo; no le perdamos, y ninguna ocasión que se ofrezca de hacer bien, la dejemos de pasar...

Si falta hubiere de haber, más vale en la comida del cuerpo que en la santa comunión; en la mesa, que en la oración; más vale que la casa no esté muy ataviada que no estar el ánima sucia y desnuda.

Muy pocas son nuestras fuerzas, y si las repartimos serán muy menores; cuánto más si damos las más a lo que se pasa que a lo que dura sin fin... (Carta 66).

3. **Del concilio vaticano II sobre la muerte**

"Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado.

Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a Él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina. Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte.

Para todo hombre que reflexione, la fe, apoyada en sólidos argumentos, responde satisfactoriamente al interrogante angustioso sobre el destino futuro del hombre y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros mismos queridos hermanos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera" (GS 18).